



Tres reglas para leer bien en verano

Descripción

Los peligros del verano no se reducen a las medusas, las riadas o los encierros de San Fermín. También los libros pueden causar daños irreparables. A menudo uno se ha sentido un perfecto imbécil a la vuelta de vacaciones por haber elegido mal a sus compañeros de viaje.

Ocurre y sucede -como dicen los nuevos cultos- que, por las prisas o por malos consejeros, no terminamos de acertar. Recuerdo un verano en una playa de Valencia intentando hincarle el diente a la novela de Buzzatti *El desienode los tártaros*. Cada vez que la abría, el sofoco del sol -¿dónde estaba la luna de Valencia a esas horas? se multiplicaba por dos en las páginas de Buzzatti, desérticas y buenísimas, pero inadecuadas al momento. Otra vez, convaleciente de una hepatitis en pleno agosto, no se me ocurrió otra cosa que elegir *El pabellón del cáncer* de Solzhenitsyn: la hepatitis ya vencida se fue transformando en un preocupante conjunto de síntomas de un tumor recóndito y ruso para más señas, que me hizo dejar espantado la novela a las cien páginas. Hay libros que tienen mala suerte por el momento en que elegimos leerlos, y entre las épocas del año el verano es la más exigente, la más susceptible. De ahí la emoción.

La primera regla para decidir las lecturas de verano es precisamente ésta: "no te fíes de las apariencias" (que vas a tener tiempo, que es el momento de leer cosas *largas*, que cualquier cosa de evasión sirve, que un clásico se adapta bien al calor). Ten en cuenta las circunstancias *físicas*: la sed, la desgana, el Tour, los mosquitos. Conócete a ti mismo y pregúntate qué funcionó otras veces y qué no. No pruebes por probar: ve te a lo seguro.

La segunda regla deriva, en realidad, de la primera: "escoge páginas que te transporten a escenarios *contrarios* a los que te encuentras". Si estás haciendo un crucero, por ejemplo, no leas nada del Titanic, sino más bien de algo que no se mueva: bosques, montañas rocosas, viejecitos que andan despacio. Si estás en el campo, lee novela urbana. Y al revés: si te ha tocado quedarte en la ciudad, busca algo campestre, con vaguadas y lugareños y matorrales.

Pero no solo el escenario es importante, también el carácter y el estado de ánimo. Si eres de natural se río y poco travieso, atrévete por ejemplo con las aventuras de Guillermo o con la huida de casa del protagonista de *El guardián entre el centeno*. Si eres perezoso, perezosa, espábilate con el frenesí infatigable de *Zalacaín el aventurero*. No leas *El Jurado* de Grisham si acabas de dejar de fumar, no se te ocurra coger algo de Gala si te sientes asquerosamente sentimental. Distánciate de ti mismo: profundiza si eres frívolo, diviértete si tiendes a lo sesudo aunque te parezca una pérdida de tiempo. La literatura debe enseñarnos a ser lo contrario a lo que somos: así nos enriquecemos. Si buscáramos

siempre en la lectura una confirmación a nuestro modo de ver la vida, ésta se iría haciendo cada vez más estrecha, más insana.

Y así llegamos a la tercera y última regla, que escandalizará a más de uno y una. Atención: "el verano es el momento ideal para leer lo que desprecias". Dicho así parece una solemne tontería, pero la experiencia avala el consejo. Recuerdo un verano delicioso en el que me tragué cincuenta números atrasados -de años de *Selecciones*, la odiada revista más difundida del mundo. A escondidas, porque me daba vergüenza, disfruté como quizá nunca lo haya hecho después, con esos extractos de historias tontas, tan bonitas e improbables. O aquel julio en el que cayó en mis manos un manual de esperanto, esa lengua que tenía por el paradigma de la artificiosidad; sin querer, fui aprendiendo palabras y más palabras, hasta que al final de aquel mes en el campo hablaba con las vacas en perfecto esperanto, y al parecer me entendían.

"Del enemigo, el consejo", dice el refranero con bastante mala leche. Y es verdad que en esto de las lecturas no siempre puedes fiarte de los amigos, que tienden a ser complacientes con tus defectos y se inclinan a no crearte problemas. Fíate más bien del que te quiere mal y te recomienda ese libro que te va a hacer un poco de daño porque te da en lo que más te duele. Así me recomendaron una vez -para fastidiarme- algo con lo que nunca me hubiera atrevido: *El idiota* de Dostoievsky. Creyeron que me insultaban y en realidad me estaban haciendo un favor: aprendí definitivamente que cuanto menos se lea en verano, mejor. Pero, claro, esta regla está mal decirla, y por eso no va entre comillas, para que no se crea el lector que soy eso, un idiota.

Fecha de creación

30/07/1997

Autor

Pedro de Miguel

Nuevarevista.net